

HACIA UNA DETERMINACIÓN DE LA REALIDAD SACERDOTAL

A menudo, cuando se trata de determinar y delimitar la realidad sacerdotal, se vuelve a insistir en lo que hace referencia al ministerio litúrgico. Es desde éste, además, que se lee la realidad del «sacerdocio común o de los fieles». Quizás no es ésta la perspectiva más idónea para descubrir la riqueza de dicha realidad. El autor, partiendo de la situación de América latina, redescubre lo que significa el sacerdocio de Cristo y hace ver cómo todo sacerdocio, en seguimiento de Cristo Sacerdote, está al servicio de acercar la salvación-liberación de Dios a los hombres, y de un modo preferencial a los más pobres. Esta es la gran interpelación que tiene ante sí la iglesia de hoy. Pueden servirle de inspiración e iluminación figuras como la del sacerdote Mons. Romero y comunidades como las de la iglesia mártir y sacerdotal de El Salvador.

Hacia una determinación de la realidad sacerdotal. El servicio al acercamiento salvífico de Dios a los hombres, Revista Latino-americana de Teología, 1 (1984) 47-81

I. La problemática de la realidad sacerdotal y el modo teológico de abordarla

En la Iglesia hay sacerdocio, común y ministerial, hay realizaciones de ese sacerdocio y hay una doctrina sobre él. Después del Vaticano II y Medellín muchas cosas han cambiado -en concreto en América Latina- y esos cambios son juzgados diversamente como positivos o negativos. Si bien la misma práctica sacerdotal, honradamente discernida, ya esclarece desde dentro dichos cambios, creemos que además se necesita un esclarecimiento teórico de la realidad sacerdotal.

1. Cuestiones sobre el sacerdocio

En cuanto al sacerdocio ministerial, es indudable que la persona del sacerdote se ve afectada por fuertes cuestionamientos: qué papel le corresponde en un mundo de miseria, injusticia y movimientos de liberación; que significa ser responsable de una comunidad cuando comprueba que es ésta la que también le enseña y le anima en la fe, esperanza y amor; qué implica participar del poder jerárquico en situaciones en que éste aparece como opresor; cómo integrar en una espiritualidad sacerdotal elementos tan disparejos como lo jerárquico y lo popular, lo religioso y lo secular, el trabajo personal y el de la pastoral de conjunto. Otros problemas prácticos surgen a la hora de determinar las funciones propiamente sacerdotales, o cómo debe relacionarse con la política, o cuándo puede y debe denunciar a la iglesia que él mismo representa, o cómo se debe determinar la formación de futuros sacerdotes.

En cuanto al sacerdocio común, si bien se ha dado a los laicos una mayor participación en lo pastoral y en lo litúrgico, no queda claro aún qué es lo suyo "sacerdotal" ni se ha avanzado demasiado en reconocerles como lugar eclesial de la fe (cfr. L 6 12). Por otra parte, si bien la jerarquía les anima a trabajar en medio del mundo y sus organizaciones, allí se suelen encontrar abandonados por aquélla.

Subsisten también otros problemas teóricos: la tensión entre lo sacerdotal cúllico y el ministerio de la palabra, la razón de aceptar unas actividades seculares para el sacerdote y excluir otras, el fondo común del sacerdocio "ministerial" y el "común", la relación - en el caso del religioso ordenado- entre lo "profético" de la vida religiosa y lo "ministerial" del sacerdocio.

2. El problema fundamental

En el fondo de toda esta problemática hay una cuestión fundamental: qué es lo sacerdotal. Responder a ella es lo que puede proporcionar un criterio básico para afrontar todo lo demás, y esto es lo que intentamos aquí. Para ello hay que esclarecer dos problemas previos: la finalidad de lo sacerdotal y el modo teológico de abordarlo.

La finalidad de lo sacerdotal, a nivel humano e histórico, es siempre la "salvación". En toda religión histórica lo sacerdotal ha expresado siempre y ha respondido -bien o mal- a este problema de la humanidad que se presenta como algo totalizante y no regional, se exprese explícita o implícitamente, religiosa o secularmente.

El remitirse a Dios ha estado siempre en el marco de la salvación, expresada religiosamente. Pero la forma de sentir esta necesidad de salvación -o sus contenidos concretos- ha variado a lo largo de la historia, y según eso, también ha ido cambiando la noción de fondo de lo sacerdotal. Hoy en América latina esa necesidad de salvación se expresa de forma histórica y religiosa: "Estamos en el umbral de una época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva", lo cual se interpreta como "un evidente signo del Espíritu que conduce la historia de los hombres y de los pueblos hacia su vocación" (Medellín, Introd. 4).

Con todo ello queremos decir que la problemática de lo sacerdotal está muy viva en América latina y que lo sacerdotal debe ser comprendido desde la problemática globalizante de la salvación. Sin embargo, en la conciencia oficial de la iglesia, lo sacerdotal sigue siendo tratado como algo regional; y la salvación que media lo sacerdotal sigue siendo comprendida como lo ya sabido y que no hace falta profundizar. El mismo Vaticano II, tan renovador en otros puntos, en el análisis concreto de lo sacerdotal lo siguió tratando regionalmente dentro de lo que el sacerdote ordenado es en la iglesia. Y ello a pesar de haber fundamentado todo sacerdocio en el de Cristo (PO 2) y haber revalorizado el sacerdocio de los fieles (LG 10; PO 2) y el ministerio de la palabra, no reduciendo lo sacerdotal a lo cúllico (PO 4).

Tanto el concilio, como la *Evangelii Nuntiandi*, como Medellín y Puebla, reelaboran conceptos sistemáticos de realidades sumamente importantes para la iglesia, enriqueciéndolos a partir de una confrontación humilde y honrada de la Iglesia con Cristo y con Dios. Pero este método cristo-lógico y teo-lógico -y no meramente eclesiológico- que toma en serio los signos de los tiempos y se interesa por la salvación de los hombres, no se ha seguido consecuentemente en el esclarecimiento de la realidad sacerdotal. Como máximo la referencia a Cristo y a Dios queda como un presupuesto teórico, pero sin incidencia en el análisis concreto del sacerdocio, quedando éste como lo ya sabido -intraeclesialmente- con anterioridad lógica a la carta de los Hebreos.

Aquí intentaremos, pues, determinar la realidad sacerdotal desde sus raíces teológicas, tratando de elaborar un concepto teórico de esta realidad sacerdotal, teniendo en cuenta los orígenes de la fe y los actuales signos de los tiempos. Ello puede ayudar a esclarecer los problemas concretos y a configurar históricamente el ejercicio sacerdotal, ministerial y común.

II. La dimensión teológica de lo sacerdotal†

Comenzamos por la dimensión teológica -aún sobreentendiendo la aparición de Dios en Cristo- para presentar lo sacerdotal de la forma más radical y última en el marco de la teología y la antropología. Lo sacerdotal responde a la necesidad de mediación entre Dios y los hombres, bajo el presupuesto de que son realidades distintas y separadas - más aún por el pecado- y que la salvación consiste en acceder a Dios salvando esta distancia.

Las religiones circundantes al mundo bíblico y, en parte, el mismo A.T. ofrecen una solución ritual que separa al hombre de "lo profano" y lo introduce en la esfera de "lo sagrado". Aquí es pieza clave el sacerdote -hombre de lo sagrado- pues actúa de mediador entre ambas esferas a través del culto, centrado en el sacrificio, especialmente el expiatorio del pecado. En el A.T. esta solución cültica mantiene una cierta tensión con el otro tipo de solución representada por las diversas alianzas de Dios con su pueblo.

El N.T. propone una solución radicalmente distinta, dado que el Dios que aparece en Jesús -en su encarnación- es un Dios que, sin dejar de ser trascendente, "se ha acercado" al hombre de una forma gratuita, activa, incondicional y permanente. Dios, en éste su acercamiento, manifiesta su intención y su realidad: se acerca "para" salvar -rompiendo la simetría entre salvación y condenación- y se acerca "como" salvador.

El A.T. y el N.T. muestran el hecho -no ulteriormente analizable ni argumentable- de que este acercamiento es parcial hacia lo débil de este mundo, hacia los pobres y despreciados, presentando el amor de Dios como misericordia y ternura (por dirigirse a los pequeños) y como justicia (por dirigirse a los que son pequeños por ser oprimidos). Esta parcialidad hacia los que menos títulos parecieran tener -según los llamados "justos" muestra la veracidad del acercamiento salvífico, y no excluye su universalismo, aunque exige que éste sea comprendido desde dicha parcialidad y no a la inversa.

Dios no se acerca separado de la vida y de la historia de los hombres, sino encarnándose en ellas. Tampoco, pues, salva al hombre separándolo de ellas, sino recuperándolo de todo lo que, en ellas, tiene de necesitado: perdón, curación, pan, esperanza, verdad, justicia. La santidad y trascendencia de Dios no es distanciamiento de la historia, sino encarnación en ella y atracción de ella hacia sí.

El misterio último de la historia radica en que el hombre no sólo puede no aceptar o no agradecer este acercamiento, sino que se da una oposición activa por parte del mundo del pecado a este sumo bien del hombre, sin otra explicación que su propia *hybris*. Pero incluso esto es asumido por Dios en su acercamiento y culmina en la cruz de Jesús, que pone de relieve tanto que se da esta oposición a muerte al acercamiento de Dios como que éste es real e incondicional.

1. Determinación sistemática de lo sacerdotal

Siendo Dios así, cambia radicalmente el problema de la salvación: no es el hombre quien "accede" a ella prometeicamente, sino Dios quien se "abaja" para ofrecérsela. Así, el encuentro con Dios se da en un contexto de "respuesta activa" del hombre a este acercamiento de Dios, tanto aceptándolo en agradecimiento, en fe y esperanza, como correspondiendo a la realidad del Dios así acercado, convirtiéndose él mismo en buena noticia y salvación para otros. Paralelamente cambia radicalmente la realidad de lo sacerdotal, pues ha cambiado su presupuesto básico. Ya nada creado puede causar eficientemente el acercamiento salvífico de Dios. El sacerdocio antiguo es abolido por superfluo y atentatorio contra la realidad y santidad de Dios.

Pero Dios mismo se ha proporcionado para sí una expresión histórica de su acercamiento salvífico: Jesús. Por ello toda su realidad es sacerdotal por antonomasia y, por tanto, es la condición de posibilidad del sacerdocio actual, en el sentido de que, además de depender del de Él, sigue siendo posible el seguimiento real de ese sacerdote verdadero. Ello es necesario porque Dios sigue necesitando expresiones de su acercamiento salvador.

Según este enfoque teológico, es "sacerdotal" todo -y sólo- lo que exprese históricamente este acercamiento de Dios (servicios, acciones, personas...) y, derivadamente, todo lo que ayude a responder y corresponder a este Dios. Decimos "derivadamente" para mantener la primacía lógica del acercamiento "de Dios", y para advertir que ninguna acción sacerdotal puede ser totalmente autónoma -en su estructura- sino que siempre debe hacer presente la bondad de Dios.

2. Consecuencias concretas para el servicio sacerdotal

El servicio sacerdotal es primariamente y en directo "apostólico", por lo que para comprender su esencia hay que partir metodológicamente del envío al mundo (como lo expone el Vaticano II al presentar el sacerdocio de Cristo), y no del ejercicio del sacerdocio intraeclesial.

En relación al destinatario -y teniendo en cuenta la situación latinoamericana- hay que decir tres cosas de este servicio: a) que por su esencia debe dirigirse al mundo de "los necesitados" (juzgando desde Dios), pues es así que se expresa la parcialidaduniversalidad de su acercamiento; b) debe dirigirse no sólo a los necesitados en cuanto individuos sino también en cuanto "mundo" de los necesitados; c) en cuanto a la actitud sacerdotal hacia otros grupos socio-políticos que presentan una salvación histórica (se basen en valores tradicionales o revolucionarios), hay que analizar desde la realidad de Dios y no desde el presupuesto de que sólo el mundo occidental es el mundo de Dios, o de que los grupos liberadores o revolucionarios son malos por definición, o mucho menos de que la misión sacerdotal de la iglesia la obliga a desentenderse de estos grupos (¡como si lo sacerdotal fuese el alejamiento del mundo más que no el servicio al mundo necesitado de salvación!).

Teológicamente, pues, es "portador de lo sacerdotal" -y de ahí arranca el sacerdocio común de todos los bautizados- quien realmente hace este servicio al acercamiento de Dios siguiendo la obra de Jesús. Lo sacerdotal debe comprenderse desde este servicio,

no a la inversa; y se debe plantear desde la iglesia en cuanto comunidad y pueblo de Dios, y no sólo desde los sacerdotes en cuanto individuos.

El servicio sacerdotal es "evangélico" en el sentido originario del término: comunicación y realización de una buena noticia. Que el acercamiento de Dios es bueno para el hombre lo expresa Jesús al hablar de Dios como "Padre" (suma bondad, misericordia y ternura) y de su acercamiento como "reino" (cuyo contenido es la utopía de la humanidad: justicia, paz, libertad, fraternidad). Pero también es bueno para el hombre que el Padre se acerque como Dios y el reino acercado sea el de Dios: se le acerca una bondad plena, que no puede ser acogida adecuadamente, pero que en su plenitud anima al hombre a no pactar con su creaturidad sino que la transcendencia de Dios y la utopía del reino lo muevan siempre a una mayor plenificación o humanización, sin poner límites a recibir y a realizar lo bueno.

Comunicar lo bueno de Dios haciendo el bien es la formalidad del servicio sacerdotal que, sin quitar agudeza a la tremenda exigencia del Dios bueno (ser buenos del todo como el Padre celestial), anima al hombre a cumplir esta exigencia confiado en el último término en la bondad de Dios. Como tampoco quita agudeza a la exigencia de denuncia profética y de condena a los opresores que actúan contra esa bondad: ello es servicio a la realidad "buena" de Dios para defender a los débiles a quienes tanto ama, y también buena noticia subespecie contraria a los opresores. Que el servicio sacerdotal sea formalmente evangélico significa que quiere comunicar la bondad de Dios -tenga o no tenga éxito- y que esta bondad es su última motivación y argumentación. Por eso debe estar presente en toda actividad pastoral, parénética, litúrgica y teológica.

El "ámbito" del servicio sacerdotal debe determinarse desde los ámbitos en el que el mismo Dios se acerca, sin dejarse llevar por la lógica del ámbito de lo sacerdotal en las religiones y en el culto. Siendo "Dios" quien se acerca, este ámbito es totalizante, no pudiéndose reducir el servicio sacerdotal a algo regional. Todo el A.T. y el N.T. muestran que el acercamiento de Dios acontece en el ámbito de lo personal, de lo histórico-social y de lo total. En lo personal, Dios perdona al pecador, cambia su corazón y lo asemeja a Jesús. En lo histórico-social, Dios libera a un pueblo y cambia estructuras de opresión, guerra y marginación en otras de liberación; paz y fraternidad; a la vez que cambia estructuras religiosas impotentes en otras eficaces. En cuanto a la totalidad humana, social y cósmica, Dios hace una alianza con un pueblo y con toda la humanidad, crea nuevos cielos y nueva tierra y al final llega a ser todo en todo. Se conoce que Dios se ha acercado en cualquiera de esos ámbitos cuando su voluntad salvífica se ha realizado en ellos.

El presupuesto de una posible jerarquización en los ámbitos del acercamiento de Dios - de lo que depende la jerarquización de las actividades sacerdotales está en la dualidad -o pluralidad- de las dimensiones de lo humano y en la dualidad de la condición de lo humano (necesitado de salvación /capacitado para dar más de sí). Pero esta diversidad no debe ser comprendida dualísticamente -como ha ocurrido históricamente, dando preferencia a lo espiritual, personal y trascendente sobre lo corporal, social e histórico del hombre- sino complementariamente y sin disyuntivas, tal como aparece en los evangelios, con sencillez y ultimidad. Así, el "reino" es una realidad histórica y social, pero también es propiciador de valores espirituales; y Dios es "Padre" porque se acerca al corazón del hombre, pero también porque cura las enfermedades del cuerpo. Esta complementariedad adquiere mayor importancia a partir de la parcialidad de Dios hacia

los pobres: salvarles de su pobreza no es sólo un simple ámbito preparatorio del acercamiento de Dios a su corazón ("para que" después le acepten como Padre), sino que forma parte del propio acercamiento salvífico. Y es evidente que los pobres captan a Dios como salvador cuando lo captan como su defensor, liberador y propiciador de vida (y a menudo con muestras de que la salvación de Dios se ha operado en lo profundo de su corazón). La razón de la necesidad absoluta de liberación está en que pobreza dice relación a la muerte y salvación dice relación a la "vida", entendida como la participación primaria del hombre en la realidad de Dios, su creador.

La finalidad última del servicio sacerdotal es el acercamiento absoluto de Dios, cuando Cristo entregue el reino al Padre (1 Cor 15,25) y Dios sea todo en todo (1 Cor 15,28). Pero en la historia se va haciendo en servicios parciales y en ámbitos diversos y complementarios, que se remiten dialécticamente el uno al otro: hay que acercar a Dios al corazón del hombre y a su realidad material y social. Los signos de los tiempos sugieren la pedagogía profunda de ese servicio. En América latina es evidente que, sin signos concretos captables por los pobres, difícilmente sentirán que Dios se les ha acercado, que ese acercamiento es bueno para ellos, y que les mueve a ser buenos ellos mismos.

El "lugar" del servicio sacerdotal -tanto para lo material y social como para lo personal y espiritual- es la historia real y no un lugar separado de ella, como lo muestran los evangelios y lo explicita polémicamente la carta a los Hebreos. Sin lo histórico concreto no se puede comunicar la salvación de Dios; pero, por otra parte, por ser la salvación de "Dios", lo bueno concreto tiene que ser realizado y ofrecido como abierto siempre al "más" y, por tanto, es necesario que vaya acompañado de alguna palabra o gesto que exprese esa apertura. De ahí que no puede ser religiosista (propiciando mecánicamente una comunicación con Dios) ni cúltilo (propiciándola en un lugar separado); pero sí debe ser religioso (acercando a un Dios siempre mayor que las realidades concretas en las que se acerca) y con una expresión litúrgica que suponga la historia y la pre-disponga al "más", y sea la explicitación, agradecimiento y celebración del acercamiento de Dios.

De todo lo dicho se desprende una determinada "espiritualidad" -y existencia-sacerdotal. Esta espiritualidad debe ser formalmente apostólica y misionera para llevar a Dios a los hombres, con el importante matiz de salir a buscar a los hombres y a los necesitados, superando la tentación del intraeclesialismo y la del temor a contaminarse con el mundo real. Debe ser una espiritualidad que se desviva para realmente comunicar a Dios -el sacerdote no actúa en su propio nombre sino in *persona Christi*-, basada en la honda convicción de que el acercamiento de Dios es bueno y humanizador para el hombre y la historia.

Debe ser una espiritualidad dispuesta a la conflictividad porque la buena noticia no puede ser dicha sin denuncia de la mala realidad y sus propugnadores y sin que éstos reaccionen en contra. Debe ser una espiritualidad testimonial, con creatividad y libertad, de modo que el portador de lo sacerdotal pueda generar credibilidad, ayudando a aceptar y corresponder al Dios acercado.

Esta espiritualidad debe generar un servicio sacerdotal hacia personas concretas, pero también mundos enteros necesitados de salvación. De ahí la disponibilidad a trabajar no aisladamente, sino dentro del colegio sacerdotal y de toda una iglesia sacerdotal.

El servicio sacerdotal necesita a posteriori una "verificación histórica" puesto que, si bien a priori puede decirse que la voluntad de acercamiento de Dios es incondicional e indefectible -el ex opere operato- de hecho el servicio sacerdotal puede no ser eficaz y no ocurrir el acercamiento salvador de Dios. El fracaso puede ser debido a los destinatarios o a los portadores de lo sacerdotal o a ambos. En cada caso hay que preguntarse el por qué, pero lo primero que hay que hacer es "verificar" humildemente los resultados, y ver qué parte del fracaso corresponde a los mismos portadores de lo sacerdotal. De hecho puede ocurrir que por un mal ejercicio del servicio sacerdotal -por pecaminosidad o incapacidad- la iglesia no acerque a Dios a los nombres. Es lo que ha pasado en Europa entre los intelectuales, el mundo obrero y ahora, cada vez más, incluso entre las clases medias. Por el contrario, muchas iglesias en América latina han acercado a Dios a muchos pobres y han devuelto seriedad al problema de Dios entre intelectuales alejados o agnósticos. Ciertamente sólo podemos juzgar exteriormente, dado que sólo Dios sabe si y cuándo él se ha acercado, pero ello no excusa de verificar lo que ocurre, presuponiendo sin más que ya se conocen los modos -la pastoral en sentido amplio- para acercarse a Dios automáticamente y teniendo por heterodoxas unas pastorales novedosas que están mostrando su eficacia. Sería muy triste y desastroso para la iglesia que aplicase al servicio sacerdotal el antiguo dicho: fiat iustitia (en nuestro caso: las actividades sacerdotales predefinidas convencionalmente), pereat *mundos*. Y realmente, si este servicio provocase lo que dice la Escritura: "Por vuestra causa es blasfemado el nombre de Dios entre las naciones", sería precisamente lo más anti-sacerdotal.

3. Síntesis

El servicio sacerdotal es el de expresar históricamente el acercamiento de Dios a los hombres y la respuesta de éstos al Dios que se acerca. Quien haga esto, personas o grupos, realiza el servicio sacerdotal, y cualquier otro sacerdocio, común o ministerial, debe ser comprendido desde ahí puesto que esta determinación, por ser teo-lógica, va más allá y engloba estas distinciones convencionales.

El servicio sacerdotal se debe realizar en todos los ámbitos en que Dios se acerca y el hombre le responde. Concretamente es a través de: 1) la palabra que enuncia y anuncia la realidad salvadora de Dios; 2) la realización del contenido de esta palabra, del amor de Dios que se acerca como Padre y en un reino; 3) la liturgia en la que se escuche y explicita esta palabra del Dios que se acerca. Del otro lado, el servicio sacerdotal se realiza en: 1) la *mystagogia* para que los hombres acepten esta nueva, buena y transformante noticia de Dios; 2) la invitación/exigencia a que los hombres respondan y correspondan al amor de Dios en el amor a los hermanos; 3) la ayuda a expresar litúrgicamente la respuesta al Dios acercado, con gozo cuando se ha realizado el acercamiento, con arrepentimiento cuando se ha viciado, con humildad pidiendo que se acerque. Ambos servicios deben realizarse con la misma parcialidad de Dios hacia los pobres y débiles, con la disponibilidad a introducirse en los conflictos históricos que ese servicio origina, y con la fortaleza a mantenerse en la persecución que los dioses de las malas realidades llevan a cabo contra los que hacen presente al Dios de la buena nueva.

III. La dimensión cristológica de lo sacerdotal

Aunque todo lo dicho anteriormente presupone la realidad de Cristo, es importante explicitar su sacerdocio para verificar lo expuesto. Más en concreto, para determinar normativamente la existencia sacerdotal, comprender el sacerdocio intraeclesial desde el de Cristo y no desde las religiones, tentación perenne para la iglesia.

1. El sacerdocio de Cristo en los evangelios

Exceptuando la carta a los Hebreos, en el N.T. no se aplica el término sacerdote (*hiereus* y derivados) a la persona y misión de Jesús sino a los sacerdotes paganos y a los del A.T., salvo rarísimas excepciones como es la explicación que da Pablo de su apostolado: "mi función sacra consiste en anunciar la buena noticia de Dios" (Rom 15,16), con lo cual precisamente reinterpreta lo sacerdotal en la línea teológica antes explicada.

Los evangelios presentan a Jesús como laico perteneciente a la tribu de Judá y no a la de Levi. Y no le aplican el título de "sacerdote" entre los diversos títulos honoríficos que usan para definirle teológicamente. Tampoco el resto del N.T. -salvo la carta a los Hebreos- le denomina sacerdote, aunque se aluda a una conceptualidad cáltica en la reinterpretación de su obra salvífica (referencias al "cordero" o a la "sangre" en su sentido sacrificial).

Y, sin embargo, la realidad de Jesús fue sacerdotal, plenamente sacerdotal y la única absolutamente sacerdotal. Y ello aparece claro desde la perspectiva teológica. Así, anuncia el acercamiento del reino de Dios como buena noticia y el acercamiento gratuito de Dios como Padre bondadoso. De palabra y obra recalca que ese acercamiento es para los pobres y pequeños y para los pecadores según la ley. Y toda su actividad está guiada por el servicio a ese acercamiento de Dios (parábolas del amor de Dios, acercamientos concretos a los pobres y pecadores, milagros y exorcismos, controversias y denuncias de quienes se oponen a ese acercamiento).

También su actividad está guiada por el deseo de ayudar a que los hombres respondan y correspondan gozosamente al acercamiento de Dios, como quien ha encontrado la perla preciosa y el tesoro escondido. De ahí su llamada a la conversión, al seguimiento, a practicar la oración, el mandamiento del amor, las bienaventuranzas.

Jesús celebra el que Dios sea así y el que se acerque. Y se alegra cuando los pequeños le han conocido o la salvación llegó a la casa de Zaqueo y puso gestos festivos de ese acercamiento en sus comidas.

En todo ello Jesús no diferenció entre lo secular y lo cáltico, ni vio éste como lugar privilegiado de acceso a Dios, sino más bien lo sospechoso y viciado. Se opuso a una concepción ritual y externa de la relación del hombre con Dios: "Misericordia quiero y no sacrificio" (Mt 9,10-13; 12,1-3; 15,1-20; Jn 5,16-18; 9,16; etc.). Sacerdotal fue para Jesús acercar Dios a los hombres en cualquier forma y en cualquier ámbito posible, haciendo presente y cercano a la gente el amor de Dios e invitando y exigiendo a los hombres a responder a Dios. Así fue sacerdotal cuando perdonó a la adúltera y le devolvió la paz, cuando enseñó a orar llamando Padre a Dios, cuando se acercó a los

leprosos, cuando curó a los enfermos y dio de comer a los hambrientos, cuando atacó a los opresores para que abrieran camino a Dios, etc.

Toda esta actividad configuró lo íntimo de la persona de Jesús, su existencia sacerdotal, podríamos decir. Para acercarse a Dios a los hombres, él mismo se acercó a lo más débil de ellos. Él mismo se acercó a Dios en la oración y en la obediencia hasta el final. Esta fidelidad a Dios y a los hombres fue lo que hizo de su vida una vida sacrificada y, al final, le llevó a ser él mismo víctima. Después de su resurrección, esta vida fue creída e interpretada teológicamente como verdaderamente mediadora y como salvación, pues en ella se acercó Dios en plenitud y para siempre.

2. El sacerdocio de Cristo en la carta a los Hebreos

La carta a los Hebreos es el único escrito del N.T. que analiza sistemáticamente el sacerdocio. Es importante ver si el contenido que da al sacerdocio, aun sin esperar un paralelismo exacto, coincide con nuestra propia sistematización. Por otra parte es importante constatar que, como metodología para determinar ese contenido, la carta apela a la vida de Jesús para establecer la realidad sacerdotal, no al revés; y ello aun conociendo ya los ministerios intraeclesiales.

Además la carta aclara el sacerdocio no sólo afirmando lo que es, sino también desenmascarando lo que no es, y ello porque se dirige a unos cristianos que cansados por los sufrimientos soportados (10,32ss; 12,3ss) y desilusionados por no darse la parusia (3,14; 6,12; 10,36ss), les atraía volver a una comprensión más cultural y religiosista de la fe cristiana. En este contexto, la carta no es una exposición pacífica del sacerdocio de Cristo, sino polémica contra la innata tendencia a religiosizar la vida cristiana deshistorizándola, y desenmascaradora de todo intento de comprensión de lo sacerdotal desde el modelo de las religiones.

Por ello la carta sigue siendo de gran actualidad para determinar la realidad sacerdotal, y es lo que vamos a hacer a partir del análisis sistemático de algunos puntos importantes.

La carta declara nulo e ineficaz el sacerdocio antiguo y reinterpreta la existencia sacerdotal, el culto y el sacrificio. Pero para no confundir servicio sacerdotal con existencia sacerdotal, hay que analizar al servicio de qué están estas nuevas realidades.

El aspecto de servicio se dice a partir del concepto formal de *mediación*, y ésta se determina de diversas formas a partir de lo que causa: "salvación" (5, 9; 2, 10), "santificación" (10, 10); "purificación" (10,19s; 1,3; 10,11-14; 9,14; 10, 22). La formalidad del servicio sacerdotal es, pues, clara: es el servicio de Cristo a que Dios salve. Y no puede deducirse que la carta reduzca la salvación al perdón de los pecados, aunque la carta se centre en él, porque dada la polémica del tema es lo que tenía que quedar claro. Además, en todo el N.T. el perdón de los pecados, esencial en la salvación, es también un modo de nombrarla en totalidad, aunque tampoco la agote. Hay que investigar un poco en qué consiste la salvación a cuyo servicio está el sacerdote.

La carta presenta la salvación también como alianza nueva y definitiva, superior a la del Sinaí (8,5) y predicha en Jer 31, 31-34, texto que cita (8,6-13 y 10,16s) y que va más

allá del perdón de los pecados, aunque lo incluye. La salvación que da esa alianza se colige de la globalidad de la respuesta que posibilita como la nueva existencia cristiana basada en la fe, esperanza y caridad (10,19-25; cfr. además, cap. 3;4;11;12;13 y 12,14-13,21). La salvación globalizante, expresada evangélicamente en los términos "Padre" y "reino de Dios", tiene aquí su equivalencia en la "misericordia" del sumo sacerdote (2,17; 4,15s; 5,2), como realización de la salvación y no mera condición para el ejercicio del sacerdocio: la carta llama sacerdote a Cristo porque ve en él al hombre de la misericordia, descrita abundantemente en los evangelios como algo que fluye de lo más hondo de Jesús y que se convierte en criterio de acción. Este es el servicio mediador entre Dios y los hombres, y su ámbito es globalizante y no regional. Y es en este contexto de la misericordia que hay que comprender el perdón de los pecados como un momento -importante, desde luego- de la salvación total.

En cuanto a las características de la "existencia sacerdotal", y por lo que toca a la relación con Dios, el sacerdocio es comunicado por la llamada de Dios (5, 5s), no por la carne: "nuestro Señor nació de Judá, y de esa tribu nunca habló Moisés tratando del sacerdocio" (7,13ss). Y esto es lo que configura al sacerdote no sólo en su origen sino en su existencia que, ante todo, es teologal: el sacerdocio se realiza en obediencia a la voluntad de Dios (5,8; 10,5-10) a la cual no se le puede preestablecer cauces o límites, ni siquiera en el ámbito de lo sacerdotal. Cristo fue sacerdote verdadero porque fue fiel a Dios (2,17; 3,2).

Por lo que toca a la relación con los hombres, el sacerdocio no puede darse desde la "separación" -como el antiguo sacerdocio- sino desde la cercanía a ellos, y así se dice programáticamente de Cristo que fue en todo igual a los hombres menos en el pecado (4,15), y lo remarca con la afirmación de que Dios lo hizo "un poco inferior a los ángeles" (2,9) repitiendo así la unánime convicción del N.T. sobre su verdadera humanidad, pero polémicamente, dada la religiosidad circundante que atribuía a los ángeles el poder operar la salvación por estar cerca de Dios. Ante ello la carta afirma el mayor poder de Cristo por estar más cerca de Dios (1,4) a la vez que opera la salvación estando más cerca de los hombres. Así la carta rechaza cualquier tentación de "angelismo" sacerdotal.

Pero Cristo no fue sólo hombre, sino hermano (2,11), coparticipante de la condición humana en lo débil e imperfecto, en la angustia (5,7) y en el sufrimiento (2,10; 5,8), solidario a los hombres porque fue probado en todo como ellos (4,15) y por ello puede sentir compasión y ayudar a los que sufren (5,2; 2,18).

La fidelidad a Dios y la solidaridad con los hermanos son características históricas en sus contenidos descriptibles, pero también lo son en cuanto procesuales. La carta presenta a Cristo como sacerdote desde siempre y para siempre por su elección (5,6), pero ese "siempre" tiene una historia: tuvo que pasar por "el aprendizaje" (5,8), fue perfeccionado y "llegó a ser" causa de salvación (2,10) y sacerdote. Eso es lo que hace de Cristo no sólo un hermano, sino primogénito, posibilidad realizada y ejemplar de la sacerdotalidad de todo hombre. Como Cristo, pues, la existencia sacerdotal depende de un proceso, en fidelidad y solidaridad, no se da una vez para siempre ni se puede definir en abstracto. Y se verifica en la historia y no en el ámbito separado del culto. Aquí la diferencia entre Cristo y los antiguos sacerdotes, sobre todo en la determinación del "sacrificio" y la "víctima".

Para la carta no se da sacerdocio sin ofrenda sacrificial (5, 1; 8,3), pero mientras en el antiguo sacerdocio se podía distinguir entre ambos (existencia sacerdotal personal/ritos sacrificiales), en Cristo el ofrecimiento es inseparable de su propia existencia (5,7s; 9,12.14s. 25 s). En la carta, el sacrificio de Cristo es lo más histórico de su sacerdocio y lo más sacerdotal de su vida histórica, pero cabe preguntarse por qué es eso así.

Es un hecho -narrado en los evangelios y teologizado en la carta- que el servicio al acercamiento de Dios, en fidelidad a Él y en solidaridad con los hombres, es históricamente un servicio sacrificante que lleva o puede llevar hasta el sacrificio de la propia vida. No hay respuesta al por qué es así necesariamente. Decir que ése es el designio de Dios no explica el misterio. Sólo se puede decir que en el mismo Dios existe el momento de impotencia ante los dioses de la muerte que vencen al servidor de Dios.

En cuanto al por qué ese sacrificio es eficaz para el acercamiento, no convencen ciertos esquemas soteriológicos puesto que no se ve cómo se compagina la destrucción en sí misma con el Dios que quiere acercarse salvadoramente. La única respuesta está en relacionar lo negativo del sacrificio con lo positivo del Dios que se acerca. Desde este punto de vista lo que dice la muerte de Cristo es que en Dios hay un amor muy grande -tanto que, en lenguaje humano, entrega al Hijo- y que la muerte de Cristo por amor histórico a los hombres es expresión del amor a Dios, recalcando que es verdad que Dios se acerca a los hombres hasta el final y sin condiciones. El sacrificio es la consecuencia de una existencia sacerdotal verdaderamente proexistencial, la forma humana de decir que en verdad se ama a los hombres y se busca su salvación.

Que ese amor es además poderoso y eficaz sólo aparecerá en la resurrección. Y es la totalidad del acontecimiento pascual -la muerte/resurrección de Cristo- lo que expresa que Dios se ha acercado en definitividad y totalidad a los hombres, en el primogénito Jesús. Jesús ha sido resucitado porque fue salvador y, como resucitado, sigue siendo salvador o "intercesor" (7,25; 9,24). Y lo que lo constituye como tal no es el sacrificio por sí mismo -aunque lo acompañe- sino el ser "en favor de los hombres", siendo ese amor lo que explica el sacrificio.

3. Síntesis

Resumiendo la dimensión cristo-lógica de lo sacerdotal -el servicio sacerdotal *in actu*- podemos decir que el sacerdocio de Cristo está al servicio del acercamiento de Dios y que lo central de ese servicio es el ejercicio de la misericordia de Dios que se inclina hacia el débil. Ese servicio se realiza en obediencia fiel a Dios y en solidaridad con los hermanos. Esa existencia sacerdotal es históricamente sacrificante, pues conduce a dar de la propia vida y a dar la vida, reinterpretándose a posteriori como la máxima expresión de fidelidad a Dios y a los hombres, y como lo que otorga credibilidad al Dios que se acerca.

IV. ¿Hay servicio sacerdotal en América Latina?

Repetimos que lo único que hemos intentado aquí es exponer lo que, como substancia del servicio sacerdotal, deberá estar presente en cualquier forma de su ejercicio eclesial.

Hemos tratado de comprender el sacerdocio desde Dios y desde Cristo y no desde lo intraeclesial, siguiendo el método de la carta a los Hebreos que, conociendo y valorando los ministerios intraeclesiales, ni los nombra sacerdotes ni mucho menos intenta deducir de ellos la realidad sacerdotal.

No creemos que la determinación sistemática de la existencia sacerdotal que hemos intentado ofrecer sea en exceso deductiva, pues la deducción a partir de Cristo es la única manera de determinar la existencia sacerdotal en cuanto "cristiana". Por otra parte, creemos importante determinar el servicio sacerdotal porque en la iglesia se usa abundantemente el lenguaje de lo sacerdotal (y a menudo como un modo de encubrir desviacionismos evangélicos) y algún contenido teo-lógico hay que ponerle. Si la sistematización que ofrecemos del servicio sacerdotal parece demasiado amplia porque también podría aplicarse a la evangelización o al servicio global de la iglesia (y lo importante es determinar éste, se llame como se llame), debiera buscarse otra, pero que relacione el servicio sacerdotal con Dios y dé cuenta de por qué se la llama sacerdotal.

El presupuesto básico que ha guiado este trabajo teórico es el de que el servicio a la salvación es lo que hace a la iglesia verdaderamente sacerdotal. Este presupuesto ha dejado de ser lo meramente conocido y aceptado teóricamente para convertirse en algo central debido a lo que ha hecho la iglesia en América latina. El presente trabajo, aunque teórico, parte de esta observación y su finalidad es animar a la iglesia a que sea más sacerdotal.

En América Latina se trata, como en tiempo de Jesús, de pueblos enteros que necesitan urgentemente la salvación y la esperan activamente. Su tremenda realidad se ha convertido en un poderoso clamor de los pueblos que tienen una gran esperanza: poder vivir y vivir con dignidad. Esperanza que pueden describir en términos no religiosos, pero que la expresan también religiosamente: la voluntad de Dios no es que el hombre muera, sino que viva, y ese Dios es capaz de darles vida. Esta realidad y esta esperanza es lo que hace necesario y posible el servicio sacerdotal y el desafío fundamental al sacerdocio de la iglesia, cuyo gran ámbito -dentro del cual cobrarán relevancia los otros ámbitos concretos- es el de la vida: "que tengan vida en abundancia". Fuera o independientemente de ese ámbito, vano sería el ejercicio parcial del sacerdocio.

Aunque no todos han respondido con fidelidad a esa exigencia sacerdotal, muchos, individuos y grupos, han dado primacía a esa miseria y a esa esperanza de vivir, reaccionando como el sumo sacerdote de la carta a los Hebreos: con una gran misericordia, que surge de y propicia lo fundamental: "Es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida" (Mons. Romero). Esta es la actitud sacerdotal fundamental y, de hecho, así la han interpretado los pobres, captando que en ese movimiento eclesial se ha acercado la salvación de Dios, y Dios con ella.

Que se capte ambientalmente que se han vuelto a encontrar "salvación" e "iglesia" significa que ésta ha revivido -y lo hace notar en la historia- lo más fundamental de su fe para poder ser verdaderamente sacerdotal: la fe en un Dios que en verdad quiere y puede salvar. No hay reduccionismo -como a menudo se acusa- en el servicio al acercamiento del Dios "bueno para los hombres": se trabaja por la instauración del reino y para que sea de Dios, se trabaja por la fraternidad y para que los hombres encuentren al Padre. Así se ha revalorizado el "reino" de Dios y el "Dios" del Padre y el "Padre"

que ama a sus hijos. Se ha revalorizado "Dios" a través del trabajo de acercar su "salvación".

Este servicio sacerdotal ha generado una existencia sacerdotal que reproduce los rasgos que presenta la carta a los Hebreos. En cuanto a la apertura a Dios, no se puede ignorar o reducir a simple función doctrinal los ingentes esfuerzos (desde los grandes discernimientos de Medellín hasta las reuniones de las comunidades de base) por descubrir la actual voluntad de Dios. En cuanto al acercamiento a los hombres, la iglesia se ha solidarizado con los pobres del continente, compartiendo su cultura y su debilidad.

Esta existencia sacerdotal es consumada con la ofrenda de la propia vida, como la del sumo sacerdote. Además de pueblos enteros crucificados, existen miles de cristianos que sufren la muerte como destino aceptado a causa de su servicio sacerdotal. La casuística de si son o no verdaderos mártires es la misma que se planteó en la muerte de Jesús, ajusticiado por blasfemo según unos y subversivo según otros. Y si desde este final sacerdotal del proceso, cuando los cristianos se parecen más a Jesús, no se descubre este parecido ni se reconoce lo que de sacerdotal hubo en el servicio, es que la esencia de lo sacerdotal ya se ha establecido con anterioridad lógica al análisis del sacerdocio concreto de Cristo.

Según el Vaticano II la realidad sacerdotal es procurar la gloria de Dios. También en América latina se ha usado ese lenguaje. Mons. Romero citó el texto de Ireneo: *Gloria Dei vivens homo; vita autem hominis visio Dei*. La primera parte la reinterpreto vigorosamente: "la gloria de Dios es el pobre que llega a vivir". La segunda parte, sin aludirla explícitamente, la parafraseó al afirmar que "ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios". Toda su misión, como la de tantos otros, consistió en acercar a Dios, acercando vida a los pobres y en hacer que todos, especialmente los pobres, se acercaran a Dios para vivir en plenitud.

Eso es lo que hizo que toda una iglesia fuese sacerdotal e incluso que se renovase lo sacerdotal intraeclesial desde lo sacerdotal apostólico. Pero el origen de todo estuvo en la gran misericordia que sintió por los pobres de este mundo, en la fidelidad a Dios para encontrar salvación para esos pobres y en el vaciamiento interno y crucificante de sí mismo para poder ser mediador y sacerdote. Muchos otros han sido y son como Mons. Romero, y por ello ha habido y hay realidad sacerdotal en América Latina. Lo que se sigue necesitando es una iglesia que sea no menos, sino más sacerdotal.

Notas:

NOTA: Siglas utilizadas: LG=Lumen Gentium; GS=Gaudium et Spes; PO=Presbiterorum Ordinis.

Condensó: JOSEP FARRAS